



ADOLFO HERNÁNDEZ BUBEROS

Ensayo. El asesinato de Julio César

RESUMEN

A mitad del siglo I ac, Roma vivía momentos que hacían tambalear la República. La sublevación de Julio César y sus tropas contra el Senado, por inflexibilidad de ambos, provocó una guerra civil que terminó en el año 45 ac, cuando César derrotó a los últimos opositores pompeyanos en la batalla de Munda, en Hispania. De vuelta a Roma, Julio César celebró cinco triunfos por sus campañas en la Galia, Alejandría, el Ponto, África y España; estos dos últimos, de los pocos errores que habría de cometer.

PALABRAS CLAVE

César, Munda, Triunvirato, Bruto, Pisón.

Adolfo Hernández Buberos

adolfohb@telefonica.net

Claseshistoria.com

8/05/2010



I. - CONTEXTO HISTORICO

A mediados del siglo I a.C. Roma vivía momentos que hacían tambalear la República. La sublevación de Julio César y sus tropas contra el Senado, por inflexibilidad de ambos, provocó una guerra civil que terminó en el año 45 a.C. cuando César derrotó a los últimos opositores pompeyanos en la batalla de Munda, en Hispania. De vuelta a Roma Julio César celebró cinco triunfos por sus campañas en la Galia, Alejandría, el Ponto, África y España, estos dos últimos de los pocos errores que el "gran hombre" habría de cometer en su vida. Nunca hasta entonces se había celebrado un triunfo para celebrar la derrota de romanos, compatriotas, ciudadanos, algunos de los cuales eran la encarnación de las virtudes de Roma, como Catón, descendientes de héroes como Escipión y los hijos de Pompeyo. Los ciudadanos lloraron en vez de vitorear al general y percibieron aquellos triunfos como un mal augurio para el nuevo régimen, cualquiera que este fuera, pues nadie en verdad conocía las intenciones de César. Cicerón, que había vuelto a Roma tras unirse al bando perdedor y ser "perdonado", aún tenía esperanzas de que César devolviese al pueblo la República pero pronto se vio que era una esperanza infundada. César, que odiaba cualquier comparación con el dictador Sila, había intentado huir de la tentación de vengarse de los que se le oponían, no había aplicado proscripciones como muchos temían y se mostraba clemente con aquellos que pedían participar en la vida pública aun cuando hubieran tomado partido por Pompeyo y el Senado, pero en la práctica era un tirano. Incluso se

había hecho nombrar dictador vitalicio algo totalmente inusual en la historia de la República, hecho insólito que demuestra las intenciones de César ilustrado también por sus palabras: *"La República es nombre sin realidad ni valor. Sila ignoraba la ciencia del gobierno, porque depuso la dictadura. Los hombres debían hablarle en adelante con más respeto y considerar como leyes lo que dijese"*.

Pero la dictadura era una magistratura excepcional contemplada en la Constitución romana, mientras César se atuviera a la constitución nadie podría reprocharle ser un golpista, ir contra el Estado, derrocar la República. Por eso había buscado la forma de legitimar su nombramiento haciendo que Lépido, entonces pretor, le concediese la dictadura, en ausencia de los cónsules que habían huido de Roma con el resto del Senado cuando se inició la guerra civil. Esta fórmula es la que utilizó Sila para proclamarse dictador, pero esta manera de gobernar era lo que más odiaban los senadores, nombraba a voluntad los cónsules de cada año sin que el pueblo votase y hacía aprobar leyes sin que el Senado hablase. Esta situación provocaba sentimientos de profundo rechazo entre diferentes clases de hombres en Roma: Los desfavorecidos excluidos en la dictadura, los convencidos que veían cómo se derrumbaban los principios de la República, los ambiciosos que ansiaban la desestabilización y las oportunidades de riqueza que esta comportaba y los idealistas, encarnados en un hombre, Marco Junio Bruto, que más allá del afecto que César le profesaba anteponía el bien general: La libertad.

En este ambiente es donde creció el caldo de cultivo de una de las conspiraciones más importantes de la Historia: El asesinato de Julio César.

II. - LA GÉNESIS DE LA CONSPIRACIÓN

Pero ¿cuando se inició la conspiración? ¿Cuál fue el desencadenante? Es difícil responder ambas preguntas aun cuando existe mucha bibliografía de los hechos. Se cree que la conspiración fue ideada originalmente por Cayo Casio Longino, aristócrata que luchó durante la guerra civil en el bando de Pompeyo y que cuando éste fue derrotado en Farsalia (año 48 a.C.) se pasó al bando de César al día siguiente quien lo acogió como consejero pues era muy capaz en la guerra. Sabemos por Cicerón que ya en el año 47 a.C. cuando César dejó Siria, al pasar por Cilicia, Casio había organizado un atentado contra César que había fallado por azar.

Y en cuanto a C. Casio, nacido en una familia que no pudo sufrir, no ya la dominación, ni siquiera el poderío de ningún ciudadano, ¿necesitaría de mis consejos cuando él sólo, y sin la ayuda de estos preclaros ciudadanos, hubiera ejecutado la empresa en Cilicia a la embocadura del río Cidno de no arribar César con sus naves a la orilla opuesta de donde le esperaba?

("Segundas Filípicas", Cicerón).

Casio volvió a Roma y esperó pacientemente a encontrar el momento y los apoyos propicios.

Pero hubo otros romanos que también planearon asesinar a César, uno de ellos era cesariano, se llamaba Cayo Trebonio y había servido como legado del gran general en la Galia. Podemos imaginar qué impulsaba a Casio en su decisión pero ¿qué podía impulsar a un hombre como Trebonio que había servido lealmente a César en sus campañas a desear su muerte? Trebonio fue el tribuno que ayudó a aprobar el mando de César como procónsul en la Galia por cinco años, acompañó a César a Britania como legado, durante la guerra civil fue responsable, junto con Décimo Bruto, del asedio de Massalia (Marsella), ciudad que había tomado parte por Pompeyo, mas tarde fue nombrado gobernador de la Hispania Ulterior. Es en este momento cuando Plutarco cuenta que después de la batalla de Munda, Trebonio habló con Antonio de un plan para asesinar a César intentando atraerle pues eran camaradas y amigos pero Antonio lo rechazó.

XIII.- Esto mismo fue lo que dio más aliento a Bruto y Casio, los cuales, reuniendo para tratar del hecho a los amigos que eran más de su confianza, dudaban en cuanto a Antonio; algunos querían asociarle, pero lo contradijo Trebonio, refiriendo que cuando salieron a recibir a César, que volvía de España, tuvieron un mismo alojamiento y caminaron juntos él y Antonio, y que habiendo tocado a éste la especie con mucho tiento y precaución, lo había entendido, mas no había admitido la confianza; aunque tampoco lo había dicho a César, sino que había reservado con la mayor fidelidad aquella conversación.

(“Vidas paralelas, Tomo VII - vida de Antonio”, Plutarco).

Si el haber querido dar muerte a César es un crimen, ruégote, Antonio, adviértas lo que te espera, por ser notorio que en Narbona tomaste esta determinación con C. Trebonio, y a causa de vuestra conjura vimos que te llamó aparte en el Senado mientras mataban a César. Además (para que veas que no procedo contigo como enemigo), alabo lo bien que pensaste entonces, te agradezco que no lo revelaras y te perdono que no lo ejecutaras. La cosa exigía todo un hombre.

(“Segundas Filípicas”, Cicerón).

Antonio era a su vez primo de César y su lugarteniente al final de la guerra de las Galias y durante la campaña militar contra Pompeyo en Grecia. Además, Antonio fue nombrado *magister equitum* (jefe de caballería, el segundo al mando después del dictador) y gobernó Roma prácticamente con plenos poderes mientras César estuvo en Oriente (Egipto, Judea y Siria). Antonio era un hombre de la absoluta confianza de Julio César pero no delató a Trebonio. Muchos historiadores han visto en este acto una actitud tibia que podría interpretarse como una toma de posición favorable al complot pero es difícil afirmarlo pues Antonio no participó en las conversaciones y planes de asesinato. No obstante, tras la batalla de



Retrato de Marco Antonio, con barba, en una moneda acuñada en tiempos del segundo triunvirato, que se extiende desde 43 a.C. hasta 33 a.C.

Munda Antonio tenía motivos para estar descontento, César no le había llevado a las campañas de África e Hispania y le había relevado de su cargo de *magíster equitum*, lo que indicaba claramente que ya no gozaba del favor del dictador. Está claro que después de la campaña de Hispania, se formó un frente de resistencia en el partido de César encabezado por dos hombres que jugarían un papel protagonista en el asesinato del año 44: Cayo Trebonio y Décimo Bruto, apodado Albino; estos hombres no podían quejarse de su *status* en la dictadura pues uno recibió casi siempre altos cargos (Trebonio fue cónsul en 45 a.C., un año antes del asesinato) y Décimo Bruto era el tercer heredero del dictador, así que las razones parece que pueden buscarse en el pasado republicano de estos hombres. Antes de Hispania, César intenta mantener una fachada de legalidad, decía defender la República de los excesos del Senado (amenaza a los tribunos Antonio y Curión), decía que iba a regenerar la República y entonces actos inconstitucionales como el paso del Rubicón no parecieron importar a estos hombres pues creían estar del bando constitucional pero tras la campaña de Hispania todo cambia, César se nombra dictador y sus ideas de un nuevo régimen se contraponen a la "legalidad republicana", es entonces cuando algunos de los suyos se echa para atrás, no están de acuerdo y se buscan soluciones extremas.

En el año 46 a. C. César era el primer hombre de Roma (el "*príncipeps*", de cuya palabra deriva príncipe), pero no era Rey. Los romanos odiaban la monarquía desde los primeros tiempos porque el tejido y núcleo motor de la República había sido la competitividad, siglos de romanos compitiendo por destacar, por vencer y ser reconocidos como los mejores entre sus iguales habían forjado la Roma que dominaba el mundo. Las monarquías de origen griego de Oriente eran vistas como sistemas decadentes y el gran temor de los senadores era volver a una monarquía que los postrase ante otro romano.

César se cuidaba de guardar las formas y no ser visto como un rey oriental pero las tentaciones del poder eran muchas. Ciudades y pueblos de Oriente habían otorgado a César el título de rey e incluso en algunos lugares le consideraban un Dios (el "divino César"), pero dentro de las murallas de Roma debía seguir siendo un magistrado, el más alto de todos, pero un magistrado. Plutarco refiere un hecho que ilustra cómo los gestos de César eran ya considerados claras intenciones de coronarse rey de Roma.

LX.- El odio más manifiesto y más mortal contra él lo produjo su deseo de reinar: primera causa para los más, y pretexto muy decoroso para los que ya de antiguo le tenían entre ojos. Los que andaban empeñados en negociarle la regia dignidad habían esparcido al intento la voz de que, según los Libros Sibílinos, la región de los Partos se sujetaría a los Romanos si éstos les hacían la guerra mandados por un rey, mientras que de otro modo no había que intentarlo; y bajando César de Alba a Roma dieron el paso atrevido de llamarle rey. Mostróse incomodado el pueblo, y él, afectando disgusto, dijo que no se llamaba rey, sino César; y como con este motivo todo el mundo guardase silencio, pasó, nada contento, ni con el mejor semblante. Habiéndosele decretado en el Senado nuevos y excesivos honores, sucedió que se hallaba sentado en los Rostros, que era el lugar donde se daba audiencia, y dirigiéndose a él los cónsules y los pretores, a los que siguió todo el Senado, no se

levantó, sino que, como quien da audiencia a los particulares, les respondió que los honores que le estaban concedidos más necesitaban de reducción que de aumento. Este suceso no solamente desagradó al Senado, sino también al pueblo, que en el Senado miraba despreciada la república; así es que se marcharon altamente irritados todos los que no tenían necesidad de permanecer; de manera que César, reflexionando sobre ello, se retiró al punto a casa, y dijo en voz alta a los amigos, retirando la ropa del cuello, que estaba preparado a ofrecerlo al que quisiera presentarse. Después se excusó de lo pasado con su enfermedad, diciendo que el sentido de los que la padecían no puede estar en su asiento cuando les es preciso hablar de pie a la muchedumbre, sino que fácilmente se conmueve y altera, padeciendo vértigos, y estando expuestos a quedarse privados; pero esto no fue así, sino que, queriendo César levantarse ante el Senado, se refiere haber sido detenido por Cornelio Balbo, uno de sus amigos, o, por mejor decir, de sus aduladores, quien le dijo: “¿No te acordarás que eres César? ¿Ni dejarás que te respeten como corresponde a quien vale más que ellos?”

(“Vidas paralelas, Tomo V - vida de Julio César”, Plutarco).

Parece evidente que César ambicionaba el poder absoluto y retenerlo sin compartirlo porque se creía el mejor hombre de Roma. Suetonio cuenta que César decía que cuando ocupase el puesto supremo del Estado sería más difícil hacerle descender al segundo rango que desde éste al último. No está claro que quisiera coronarse Rey al estilo de los reyes originales de Roma pero hizo algunos guiños ante el pueblo para ver cómo reaccionaba este, pues sin su apoyo corría el riesgo de una sublevación que le derrocara.

Por ejemplo, los siguientes hechos narrados por Plutarco ilustran el ambiente que se vivía aquellos días previos al asesinato. Durante las Lupercales, una fiesta pagana que se celebraba en febrero, Antonio ofreció a César una corona de laurel a la vista del pueblo. César la rechazó cuando vio la reacción fría de la multitud. Otro día Roma amaneció llena de coronas de laurel sobre la cabeza de las numerosas estatuas de César colocadas por calles y plazas.

LXI.- Agregóse a estos incidentes [se refiere al hecho de no levantarse ante los senadores] el insulto hecho a los tribunos de la plebe. Celebrábase la fiesta de las Lupercales, acerca de la cual dicen muchos que en lo antiguo era fiesta pastoril, bastante parecida a otra también Lupercal de la Arcadia. Muchos de los jóvenes patricios, y de los que ejercen magistraturas, corren a una por la ciudad, desnudos, hiriendo por juego con correas no adobadas a los que encuentran. Pónenseles delante de intento muchas mujeres de los primeros ciudadanos, y como en una escuela presentan las palmas de las manos a sus golpes, por estar persuadidas de que esto aprovecha a las que están encinta para tener buen parto, y a las que no tienen hijos para hacerse embarazadas. Era César espectador de estos regocijos, sentado en la tribuna en silla de oro y adornado con ropas triunfales, y como a Antonio, por hallarse de cónsul, le tocase ser uno de los que ejecutaban la carrera sagrada, cuando llegó a la plaza y la muchedumbre le abrió calle, llevando dispuesta una diadema enredada en

una corona de laurel, la alargó a César, a lo que se siguió el aplauso de muy pocos, que se conoció estaban preparados; mas cuando César la apartó de sí, aplaudió todo el pueblo. Vuelve a presentarla: aplauden pocos; la repele: otra vez todos. Desaprobada así esta tentativa, levántase César, y manda que aquella corona la lleven al Capitolio. Viéronse de allí a poco sus estatuas ceñidas con diademas reales, y dos de los tribunos de la plebe, Flavio y Marulo, acudieron y las despojaron; e inquiriendo y averiguando quiénes eran los primeros que habían saludado a César con el título de rey, los llevaron a la cárcel. Seguíanlos el pueblo dándoles aplausos y les apellidaba otros Brutos, aludiendo a haber sido Junio Bruto el que, rompiendo la sucesión de los reyes y aboliendo la monarquía, trasladó el supremo poder al Senado y al pueblo. Ofendido César de esta conducta, privó de la magistratura a Flavio y a Marulo, y haciéndoles cargo de ella, para insultar de paso al pueblo, los trató muchas veces de Brutos y Cumanos.

(“Vidas paralelas, Tomo V - vida de Julio César”, Plutarco).

LXXIX. A este grave ultraje inferido al Senado añadió César un rasgo de orgullo más hiriente aún. Regresaba a Roma después del sacrificio acostumbrado de las ferias latinas, cuando, en medio de las extraordinarias y locas aclamaciones del pueblo, un hombre, destacándose de la multitud, colocó sobre su estatua una corona de laurel, atada con una cinta blanca. Los tribunos Epidio Maruco y Cesetio Flavo ordenaron quitar la corona y redujeron a prisión al que la había puesto; pero César viendo que aquella tentativa de realeza había tenido tan mal éxito, o como pretendía que le habían privado de la gloria de rehusarla, apostrofó duramente a los tribunos y los despojó de su autoridad; no pudo librarse de la censura deshonrosa de haber ambicionado la dignidad real, a pesar de que respondió un día al pueblo que le saludaba con el nombre de rey: Soy César y no rey (a), y a pesar también de que en las fiestas lupercales rechazara e hiciese llevar al Capitolio, a la estatua de Júpiter, la diadema que el cónsul Antonio había querido insistentemente colocarle en la cabeza en la tribuna de las arengas. Sobre este asunto se difundió un rumor que adquirió bastante consistencia, asegurándose que proyectaba trasladar a Alejandría o a Troya la capital y fuerzas del Imperio, después de dejar exhausta a Italia con levadas extraordinarias, y encargado a sus amigos el gobierno de Roma; añádase que en la primera reunión del Senado el quincecenviro L. Cotta debía proponer que se diese a César el título de rey puesto que estaba escrito en los libros del destino que únicamente un rey podía vencer a los partos.

(“Vida de los doce Césares”, Suetonio).

(a) Rey en latín es Rex y era también el nombre de algunos nobles romanos, por eso César dice jocosamente que su nombre es César y no Rex.

La interpretación histórica de estos hechos es que César tramó la actuación de Antonio esperando una aceptación del pueblo que no se produjo. Otra posibilidad, apuntada por historiadores es que Antonio tramó los actos poniendo en serios aprietos a su jefe y líder, lo que redundaría en las sospechas de que Antonio no fue tan fiel y

leal a César durante la conspiración como ha pasado a la Historia, tal como se apunta en los siguientes textos de la época.

XII.- Dióles a éstos el motivo, sin querer, Antonio. Celebraban los Romanos la fiesta llamada de los Lupercales, correspondiente a otra de igual nombre de los Griegos, y César, adornado de ropa triunfal, se sentó en la tribuna de la plaza pública para mirar de allí a los que corrían. Corren en esta fiesta los más de los jóvenes patricios y los más de los magistrados, y ungidos abundantemente dan por juego con unas correas de pieles sin adobar latigazos a los que encuentran. Era uno de los que corrían Antonio, y dejando a un lado las ceremonias patrias, y enredando una diadema en una corona de laurel, se encaminó a la tribuna, y levantado en alto por los que le acompañaban, la puso sobre la cabeza de César, queriendo dar a entender que le correspondía reinar. Haciendo éste por rompérsela y quitársela, lo vio el pueblo con grande alegría y muchos aplausos. Volvió Antonio a ponérsela, y César a quitársela; y habiendo así altercado largo rato, a Antonio le aplaudieron muy pocos, y éstos obligados de él; pero a César, por haberlo resistido, lo aplaudió todo el pueblo con grande algazara. Lo que había más que admirar en esto era que, sufriendo en las obras lo que sufren los que son dominados por reyes, sólo estaban mal con el nombre de rey, creyendo que en él estaba la ruina de la libertad. Levantóse, pues, César muy disgustado de la tribuna, y retirando la toga del cuello, gritó que lo presentaba al que quisiera herirle. Habían puesto la corona a una de sus estatuas y los tribunos de la plebe la hicieron pedazos, por lo que el pueblo les tributó también aplausos; pero César los privó de sus magistraturas.

(“Vidas paralelas, Tomo VII - vida de Antonio”, Plutarco).

*Mas para que no se olvide entre las muchas hazañas de Marco Antonio la más gloriosa de todas, vengamos ahora a las fiestas Lupercales. Sentado estaba tu colega delante de los Rostros, vestido con toga de púrpura, en silla de oro, coronada de laurel la cabeza: subiste a la tribuna; te acercaste a la silla (aunque por tu condición de luperco no debías olvidar que eras cónsul), mostraste la diadema y gimió todo el foro. ¿De dónde sacaste la diadema? No la encontraste por acaso. Traías de tu casa discurrida y meditada aquella maldad. Tú ponías la corona en la cabeza de César con llanto del pueblo, y él, con aplauso de la muchedumbre, la rechazaba. **Tú, pues, malvado, fuiste el inventor de hacer rey a César** para convertir en amo al que tenías por compañero, y quisiste probar hasta dónde llevaría el pueblo romano su paciencia y sufrimiento.*

(“Segundas Filípicas”, Cicerón).

Parece por el relato de Suetonio que César no estaba contento con la acción de Antonio hasta el punto de ofrecer su vida si alguien pensaba que tenía intención de coronarse rey. Cicerón redunda en la culpa de Antonio.

En cuanto a las coronas de laurel, nadie sabe quién las colocó, si partidarios de César para tomar el pulso al pueblo sobre una futura coronación o detractores con el fin de desenmascarar al dictador y sus verdaderas intenciones y con ello enfurecer al pueblo;

la primera parece más plausible dado que César tenía control absoluto en las calles debido a su guardia y resultaría difícil colgar aquellos adornos sin que esta se diera cuenta, además de que si tan ofensivo resultase a César se habrían retirado antes de que amaneciese.

El hecho es que César era visto como Rey en aquellos días, un grupo de senadores no albergaba dudas sobre la intención de César y por ello decidieron pasar a la acción. Casio encabezaba y era portavoz de los rebeldes, al principio del complot no se hablaba de asesinato, pues hasta que no se definieran claramente los que estaban a favor de actuar se corría el peligro de tentar a un delator. Se hablaba de volver a los principios de la República, se convencía a cada senador de que se buscaba la libertad, pero no eran demasiados los senadores que estaban dispuestos a desafiar el poder y la ira de César. Casio comprendió que su complot necesitaba una legitimación que no tenía, un símbolo que provocase adhesiones y ese símbolo era un hombre, el sobrino de Catón, el hombre más reputado de Roma, el hombre que estaba por encima de toda sospecha, el romano más honrado, **Marco Junio Bruto**, hijo de Servilia, la amante de César, incluso cabe la posibilidad de que fuera hijo natural de César (aunque no es probable). Casio se convenció que Bruto era la llave maestra de la conspiración, le necesitaba y se lanzó a una campaña de acoso y presión sin precedentes para anexionarle a su causa.



Las calles amanecían cada día llenas de pintadas que recordaban a Bruto su actitud condescendiente con la dictadura frente a la de su ilustre antepasado Junio Bruto que mató al último rey de Roma Tarquino e instauró la República: "*¡Así existieras ahora, Bruto!*" y "*¡Ojalá vivieras, Bruto!*" eran mensajes habituales que también encontraba en los lugares donde acudía: "*Bruto, ¿duermes? En verdad que tú no eres Bruto*"; poco a poco esta campaña orquestada por Casio empezó a dar sus frutos, Bruto sentía que el pueblo de Roma le llamaba, que tenía que hacer honor a su antepasado y se acercó al complot ideado por Casio.

En alguna fecha de finales del año 45 a.C. la facción de conspiradores cesarianos también se unió al complot de Casio porque aun siendo contrarios tenían aspiraciones comunes.

Es probable que Cicerón estuviera al corriente de la conspiración (tuvo una abundante correspondencia con Casio) aunque no fuera uno de los partícipes, tal como él mismo reconoce.

11. Pero todo esto es antiguo; lo nuevo, lo reciente, es que César fue muerto por consejo mío. Temo, padres conscriptos, al llegar a este punto, que incurro en un hecho muy vergonzoso; el de haberme puesto de acuerdo con el acusador para que él me prodigue, no sólo los elogios que yo merezca, sino también los que a los demás correspondan. Porque ¿quién oyó mi nombre en la conspiración de este hecho gloriosísimo? ¿Y quedó acaso oculto el de alguno de cuantos intervinieron en ella?

¿Oculto digo? ¿No se divulgaron todos al instante? Antes podría decir que algunos se jactaron de haber tomado parte en aquella conspiración sin estar en ella, no que quisieran ocultar su nombre los verdaderos autores.

(“Segundas Filípicas”, Cicerón).

El propio Cicerón relata en unas cartas que Bruto le nombró en el lugar del asesinato cuchillo en mano, lo que demuestra que Cicerón no se encontraba dentro del Senado en aquella sesión.

Pero recordad de qué modo este hombre astuto [Antonio] quiso convencerme: «Muerto César —dice—, Marco Bruto, levantando inmediatamente el puñal ensangrentado, llamó por su nombre a Cicerón y se congratuló con él por la libertad recobrada.» ¿Por qué me nombró a mí y no a otros? ¿Porque estaba en el secreto? Mira no fuese la causa de nombrarme el haber hecho Bruto cosa parecida a la que yo ejecuté, y querer tomarme por testigo de que aspiraba a la misma gloria.

(“Segundas Filípicas”, Cicerón).

Lo que es claro es que Cicerón era partidario de extender el asesinato a Antonio (“y si, como se dice, fuese aquel estilo el mío, créeme, no hubiera hecho un solo acto, sino toda la tragedia hasta su conclusión o desenlace”, Segundas Filípicas, carta de Cicerón dirigida a Antonio), y no era el único que lo pensaba, pues se veía a Antonio como un león herido que podía revolverse una vez se hubiera eliminado a César. Pero Bruto que era el “alma” de la conspiración y sabía de su ascendente entre los conspiradores se negó a asesinar a nadie más que al dictador; su argumento es que debía mostrarse al pueblo la bondad de la acción, erradicando el mal que oprimía a la República, no una venganza de bandos políticos. El siguiente texto muestra las deliberaciones de los conspiradores.

En consecuencia de esto, deliberaron sobre acabar con Antonio cuando dieran muerte a César; pero lo resistió Bruto, diciendo que una acción que se emprendía en defensa de las leyes y de lo justo debía estar separada y pura de toda injusticia. Mas temiendo las fuerzas de Antonio y la dignidad de su magistratura, destinaron para él a algunos de los conjurados, con el objeto de que cuando César entrase en el Senado y se hubiera de ejecutar lo proyectado le hablaran a la parte de afuera y lo detuvieran fingiendo tener que tratar con él algún negocio.

(“Vidas paralelas, Tomo VII - vida de Antonio”, Plutarco).

Este debate es la prueba más contundente que esgrimen quienes defienden que Antonio fue ajeno a la conspiración de los idus de Marzo, pero hechos posteriores que se comentarán en este ensayo devolverán las sospechas, especialmente notable es la idea de oportunidad que le brindaría a Antonio el desorden tras la muerte de César. Todo el mundo sabía que eso significaría la guerra civil y Antonio, con unas deudas inmensas, sólo podría salir de ellas despojando a los más ricos de sus propiedades aprovechando una guerra civil como ya había sucedido anteriormente. De hecho,

mientras Antonio fue *magíster equitum* durante la estancia de César en Oriente, se hizo con las propiedades de Pompeyo en subasta a precios ridículos y César a su vuelta le obligó a pagar lo que en verdad valían.

Poco a poco los conspiradores se adherían a la causa pero también crecía el peligro de ser descubiertos. Los conspiradores debían moverse rápido, había que elegir una fecha para la ejecución. César tenía previsto iniciar una campaña militar en Siria y los preparativos para su partida estaban fijados, marcharía de Roma en fecha próxima y una vez fuera de Roma sería intocable, protegido por su guardia y miles de soldados ningún conspirador podría atacarle. Había que atentar antes de que saliera de Roma. Con urgencia se preparó una reunión especial del Senado, la idea era atraerlo hasta allí y una vez dentro y desprotegido, apuñalarle hasta la muerte. Se hizo creer a César que en aquella reunión el Senado le ofrecería el título de los antiguos reyes de Roma. El señuelo era tentador, César no podría negarse, pero se previó que lo hiciera. Décimo Bruto, estrecho colaborador de Julio César, que había sido gobernador de las Galias, iría a buscarle a su casa para convencerle de presentarse y le acompañaría hasta el foro y el Senado. Había que alejarle también de su fiel Antonio, hombre muy fuerte que podría desbaratar el asesinato pues era un consumado soldado, diestro con el *gladium*.

Todo estaba previsto, el drama en su tercer acto, el público atento y en silencio, los conspiradores hablando en susurros y el telón apunto de alzarse....

III. - EL ASESINATO

14 de marzo del año 44 a.C.

La noche anterior César había cenado con un reducido grupo de incondicionales. Destacaba Lépido, nombrado por César *magister equitum* (jefe de caballería, el segundo hombre en poder después del dictador), aristócrata que había abrazado la razón de César en la guerra civil desde el primer momento. Antonio se había visto desplazado del cargo, ya que César no estaba contento con el gobierno de su sobrino durante el tiempo que le sustituyó en Roma, aunque en aquel momento era cónsul colega de César.

La cena transcurría de forma tranquila (no había sido copiosa) cuando de pronto alguien preguntó cuál era la mejor forma de morir. César respondió sin dudar "*la repentina e inesperada*". Parece sospechoso y demasiado casual que se hablase de formas de morir en la casa del dictador y precisamente cuando una facción del Senado se preparaba a ejecutarle. Muchos historiadores sostienen que fue el propio cónsul Lépido quien sacó el tema y lo habría hecho para advertir a César de la conspiración pero en Roma nunca se podía estar seguro de quién escuchaba y probablemente no habló de forma abierta, sino con sugerencias, ya que no podía descartar que la conspiración triunfase y un hombre como él podía necesitar cambiar de bando. Resulta también extraño que una mente tan preclara como la de César no captase el

mensaje que Lépido le lanzaba y si lo hizo no tomó medidas. César disponía de un servicio de espías y es probable que ya estuviera al corriente de lo que se cocinaba aunque puede que le faltasen nombres y detalles concretos.

15 de marzo del año 44 a.C. (idus de marzo)

Aquella noche fue turbulenta para Calpurnia, la mujer de César, quién tuvo pesadillas que los augures interpretaron que una terrible desgracia acontecería aquel día. Así se lo advirtió a César hasta el punto de rogarle que no se ausentase de casa en todo el día, protegido por los muros.

Los días anteriores al asesinato se habían presenciado prodigios que los augures señalaban el advenimiento de alguna tragedia: Los caballos que cruzaron el Rubicón se negaban a comer y lloraban, se veían aves volar solas, a animales sacrificados les faltaba el corazón... César, como sumo pontífice recibía informes de estos augurios y se mantenían alejado de los actos públicos.

En un primer momento César cedió a los ruegos de su esposa e informó que no iría aquel día al Senado, pues tampoco se sentía bien de salud, pero entonces hizo acto de presencia Décimo Bruto *Albino*. Le dijo a César que si el pueblo se enteraba que el primer hombre de Roma no acudía al Senado por temor a unos sueños de su mujer, se reirían y sería motivo de burlas. César quedó convencido y decidió ir al Senado, era la hora quinta del 15 de marzo del año 44 a.C.

A pesar de las precauciones tomadas por Casio y Bruto, la conspiración pudo fracasar varias veces aquel día. Un esclavo que trabajaba en casa de un conspirador había escuchado el complot y decidió advertir al dictador. Se presentó en casa de César y preguntó por él, pero César ya se había marchado y le pidieron que aguardase a su vuelta sin atenderle. La rueda de la fortuna que tantas veces había girado en favor de César comenzó a girar en contra. También Artemidoro, maestro en lengua griega que frecuentaba las casas de muchos de los conspiradores había descubierto lo que se tramaba y decidió denunciarlo escribiendo en un rollo de papel el plan y los principales nombres, después aguardó a César de camino al Senado.

Incluso aquella mañana César se cruzó de camino al foro con un sacerdote augur llamado Spurinna que días antes había predicho que los idus de marzo traerían desgracia a César; al reconocerle, César le gritó "*Ya han llegado los idus de marzo*" y el augur replicó "*Han llegado, sí, pero no han pasado*".

Sabemos que en algún lugar de camino al Senado Artemidoro entregó (más bien puso en sus manos) el rollo donde se desenmascaraba la conspiración diciéndole "*Léelo tú sólo y pronto; porque en él están escritas grandes cosas que te interesan*" pero era tan grande la multitud que rodeaba a César que aunque intentó desenrollar varias veces el escrito no pudo leerlo, así que lo guardó en la toga para leerlo después. Según Plutarco "*algunos dicen que fue otro el que se lo entregó, y que a Artemidoro no le fue posible acercarse, sino que por todo el tránsito fue estorbado de la muchedumbre*".

Paso a paso César se fue acercando al Senado, rodeado de una enorme clientela y muchedumbre pero sin su guardia personal pues hacía tiempo que había renunciado a ella, tal era la seguridad que tenía en la inviolabilidad de su persona. Los conspiradores esperaban en las escalinatas de acceso, el nerviosismo amenazaba con traicionarles, un par de conversaciones pudieron echar al traste la conspiración si Bruto no hubiera estado atento y presto a calmar a los más nerviosos, tal como cuenta Plutarco.

XV.- Sucedióles, sin embargo, muchos accidentes propios para hacer que se sobresaltasen: el primero, haberse tardado César hasta estar muy adelantado el día, siendo detenido en casa por su mujer sin resolverse a hacer las libaciones, e impedido para salir por los agoreros. Segundo, llegándose uno a Casca, que era de los conjurados, le tomó de la mano y le dijo: "Tú bien te has guardado de mí ¡oh Casca! y no has querido decirme nada; pero Bruto me lo ha manifestado todo". Como Casca se quedase pasmado, echándose el otro a reír: "¿De dónde, amigo- le dijo-, has enriquecido tan pronto para aspirar a ser edil?" ¡Tan expuesto estuvo Casca a deslizarse, y con la duda hacer traición al secreto! Al mismo y a Casio los saludó con la mayor expresión un varón senatorio llamado Popilio Lenas, y hablándoles pasito al oído: "Hago votos con vosotros- les dijo- para que tenga próspero fin lo que meditáis, y os aconsejo que no deis largas, porque no deja de divulgarse vuestro intento". Y dicho esto se retiró, haciéndoles sospechar que ya la cosa era pública. En esto corrió uno a Bruto desde su casa, anunciándole que su mujer se moría, porque Porcia, agitada con la idea de lo que sucedería, y no pudiendo llevar un cuidado de tal tamaño, con dificultad podía estar queda en casa, y saliendo fuera de sí a cualquiera voz o cualquiera ruido, a manera de las que están poseídas de los furores báquicos, a cuantos llegaban de la plaza les preguntaba: "¿Qué hace Bruto?", y continuamente después de éstos estaba enviando otros. Por último, como pasase mucho tiempo, ya su naturaleza no pudo resistir más, sino que se quebrantó y abatió, faltándole el espíritu en aquellas angustias, y antes de poder retirarse a su cuarto, sentada como estaba en el patio entre las criadas, la sobrecogió un desmayo con una violenta convulsión. Mudósele asimismo el color y perdió enteramente la voz, con lo que aquellas levantaron el grito, y acudiendo con presteza los vecinos a la puerta de casa, corrió al punto el rumor y la fama de que era muerta; pero recobróse luego, y vuelta en sí, las mujeres que tenía a su lado pensaron en los medios de que se recobrara; mas Bruto, aunque se turbó, como era natural, con la voz que llegó a sus oídos, no por eso abandonó el interés común por acudir al propio, arrastrado de su particular afecto.

XVI.- Anuncióse en esto que llegaba César conducido en litera, porque, desalentado con lo que habían significado las víctimas, iba en ánimo de no resolver negocio ninguno de entidad, sino diferirlos, pretextando hallarse indispuerto. Arrimósele al apearse de la litera aquel mismo Popilio Lenas, que poco antes había manifestado a Bruto y Casio que hacía votos por que acometieran y salieran bien de su empresa, y se puso a hablar con él por bastante tiempo, teniéndole parado y atento a lo que le decía. Los conjurados, si así se les puede llamar, no percibían lo que le hablaba; pero conjeturando, por lo que tenían en su imaginación, que aquel coloquio era una denuncia de su proyecto, quedaron enteramente desconcertados, y mirándose unos a

otros, se advertía en sus semblantes que miraban como indispensable el no aguardar a que los prendieran, sino quitarse la vida por su propia mano. Casio y algunos más se observaba que por debajo de la toga empuñaban las espadas; pero Bruto, notando que la disposición y actitud de Lenas era de hombre que rogaba con ahínco, y no de quien denunciaba, aunque nada dijo, porque se hallaban entre otros muchos, con mostrar un semblante alegre, tranquilizó a Casio y a los demás. De allí a poco, Lenas besó la mano a César, y se retiró, no dejando duda con esto de que le había hablado de sí mismo, o de cosa que le pertenecía.

(*"Vidas paralelas, Tomo VII - vida de Bruto", Plutarco*)

Un hombre atento y desconfiado como Antonio debería haber percibido el clímax de pánico y habría observado los sospechosos movimientos bajo las túnicas. Pasados los momentos de pánico era claro que el plan continuaba, los conspiradores se prepararon cada uno en su puesto, según Plutarco fue Décimo Bruto y según Suetonio y Cicerón fue Cayo Trebonio, pero uno de los dos entabló conversación con Antonio pues estaba previsto que no debía entrar para dejar aislado a César dentro del Senado. Antonio era un hombre violento y atemorizador pero también sagaz y suspicaz; resulta extraño que no se diese cuenta que Décimo Bruto ó Trebonio le estaban simplemente entreteniéndolo.

Hay que entender que en aquel momento el Senado se componía de entre 900 y 1.000 senadores y el número de conspiradores se elevaba a un poco más de 60, así que la mayoría del Senado no había tomado partido y no estaba al corriente de lo que iba a ocurrir.

César avanzó hasta su asiento de marfil en mitad de la sala y de cara a los senadores, con la gran estatua de Pompeyo presidiendo, estatua que César había querido mantener y que según Cicerón era una buena política, de lo cual dijo que César, volviendo a colocar las estatuas de Pompeyo, "*había asegurado las suyas*". Casio imploraba a la estatua de Pompeyo rezando sin emitir sonido, César avanzaba rodeado de senadores, la mayoría eran los conspiradores prestos a actuar a la señal. Uno de ellos, Tulio Cimber, suplicó a César y pidió clemencia y perdón para su hermano desterrado, pero César se negó. Era la señal, el magnicidio estaba a punto de comenzar.

En cuanto César tomó asiento Tulio Cimber tiró de su túnica para descubrir su garganta y César sorprendido exclamó "*¿Que es esta violencia?*", entonces un senador, uno de los hermanos Servilio Casca, llamado Publio Longo sacó una daga que escondía en la túnica y lanzó una puñalada al cuello de César pero sólo le hirió, en ese momento César se volvió y agarrando a Casca le dijo: "*Malvado Casca, ¿qué haces?*" a lo que este pidió auxilio a su hermano que también era senador y se encontraba a su lado. Plutarco dice que el otro hermano Servilio Casca, lanzó su espada al pecho de César mientras los que le rodeaban ya habían desenfundado las dagas y comenzaron a apuñalar a César que peleaba como una fiera resistiendo las heridas, pues se dice que estaba acordado que todos debían participar en la muerte

del dictador. En un momento dado Bruto se acercó espada en mano y lanzó una estocada que hirió a César en la ingle, y este reconociendo al hombre más virtuoso de Roma, el hombre más justo y respetado dijo "*Et tu Brutus*" y se abandonó a la muerte, echándose la túnica por encima de la cara. El cuerpo del dictador cayó a escasos metros de la estatua de Pompeyo, en lo que algunos poetas llamaron la última victoria de su gran enemigo.

Los senadores neutrales habían asistido al baño de sangre en mitad de una confusión producto del horror que presenciaban, algunos conspiradores se hirieron entre ellos intentando apuñalar a César. Bruto se dirigió a los senadores espectadores intentando explicar los motivos, gritaba que habían salvado la República, que lo habían hecho por la libertad pero los senadores abandonaban a la carrera el Senado sin escucharle. Antonio debió escuchar el tumulto desde fuera pero no entró; probablemente temía que le apuñalasen a él también.

Los conspiradores sabían que el ejército era fiel a su general, no se descartaba una masacre cuando se enterasen. Huyeron a sus casas a encerrarse y esperando las indicaciones de los líderes de la conspiración, Bruto y Casio.

El cuerpo de César quedó caído en el suelo tendido en su sangre, tenía cincuenta y seis años. Al cabo de unos minutos, tres esclavos entraron al Senado y recogieron el cadáver, transportándolo en una litera a su casa. Allí fue examinado por el médico Antiscio que contó 23 puñaladas, de las cuales diagnosticó que sólo la segunda fue mortal.

Todas las versiones coinciden en el relato de los hechos pudiendo diferir únicamente en algún detalle sobre si César mencionó el nombre de Bruto y si le llamó hijo pero si la segunda herida le mató, como refiere Suetonio, la que recibió en el pecho, tanto Suetonio como Plutarco coinciden en que el hermano de Publio Longo, uno de los Servilio Casca, apuñaló a César en el pecho cuando aquel le pidió auxilio, por lo que siendo Publio Longo el primero que lo apuñaló no es aventurado afirmar quién fue el ejecutor mortal de César. A continuación se puede leer el relato del asesinato de diversas fuentes según la época.

LXXXII. En cuanto se sentó, le rodearon los conspiradores con pretexto de saludarle; en el acto Cimber Telio, que se había encargado de comenzar, acercósele como para dirigirle un ruego; mas negándose a escucharle e indicando con el gesto que dejara su petición para otro momento, le cogió de la toga por ambos hombros, y mientras exclamaba César: Esto es violencia, uno de los Casca, que se encontraba a su espalda, lo hirió algo más abajo de la garganta. Cogióle César el brazo, se lo atravesó con el punzón y quiso levantarse, pero un nuevo golpe le detuvo. Viendo entonces puñales levantados por todas partes, envolviere la cabeza en la toga y bajóse con la mano izquierda los paños sobre las piernas, a fin de caer más noblemente, manteniendo oculta la parte inferior del cuerpo. Recibió veintitrés heridas, y sólo a la primera lanzó un gemido, sin pronunciar ni una palabra. Sin embargo, algunos escritores refieren que viendo avanzar contra él a M. Bruto, le dijo en lengua griega:

¡Tú también, hijo mío!. Cuando le vieron muerto, huyeron todos, quedando por algún tiempo tendido en el suelo, hasta que al fin tres esclavos le llevaron a su casa en una litera, de la que pendía uno de sus brazos. Según testimonio del médico Antiscio, entre todas sus heridas sólo era mortal la segunda que había recibido en el pecho. Los conjurados querían arrastrar su cadáver al Tíber, adjudicar sus bienes al Estado y anular sus disposiciones; pero el temor que les infundieron el cónsul M. Antonio y Lépidio, jefe de la caballería, les hizo renunciar a su designio.

(“Vida de los doce Césares”, Suetonio).

LXV. Así, se dice que Casio, mirando a la estatua de Pompeyo al tiempo del acometimiento, le invocó secretamente, sin embargo de que no dejaba de estar imbuido en los dogmas de Epicuro; y es que la ocasión, según parece, del presente peligro engendró un entusiasmo y un afecto contrarios a la doctrina que había abrazado. A Antonio, amigo fiel de César y hombre de pujanza, lo entretuvo afuera Bruto Albino, moviéndole de intento una conversación que no podía menos de ser larga. Al entrar César, el Senado se levantó, haciéndole acatamiento; pero de los socios de Bruto, unos se habían colocado detrás de su silla y otros le habían salido al encuentro como para tomar parte con Tulio Cimbro en las súplicas que le hacía por un hermano que estaba desterrado, y, efectivamente, le rogaban también, acompañándole hasta la misma silla. Sentado que se hubo, se negó ya a escuchar ruegos, y como instasen con más vehemencia se les mostró indignado, y entonces Tulio, cogiéndole la toga con ambas manos, la retiró del cuello, que era la señal de acometerle. Casca fue el primero que le hirió con un puñal junto al cuello; pero la herida que le hizo no fue mortal ni profunda, turbado, como era natural, en el principio de un empeño como era aquél; de manera que, volviéndose César, le cogió y detuvo el puñal, y a un mismo tiempo exclamaron ambos: el ofendido, en latín: “Malvado Casca, ¿qué haces?” y el ofensor, en griego, a su hermano: “Hermano, auxilio”. Como éste fuese el principio, a los que ningún antecedente tenían les causó gran sorpresa y pasmo lo que estaba pasando, sin atreverse ni a huir ni a defenderlo, ni siquiera a articular palabra. Los que se hallaban aparejados para aquella muerte, todos tenían las espadas desnudas, y hallándose César rodeado de ellos, ofendido por todos y llamada su atención a todas partes, porque por todas sólo se le ofrecía hierro ante el rostro y los ojos, no sabía adónde dirigirlos, como fiera en manos de muchos cazadores, porque entraba en el convenio que todos habían de participar y como gustar de aquella muerte, por lo que Bruto le causó también una herida en la ingle. Algunos dicen que antes había luchado, agitándose acá y allá, y gritando; pero que al ver a Bruto con la espada desenvainada, se echó la ropa a la cabeza y se prestó a los golpes, viniendo a caer, fuese por casualidad o porque le impeliesen los matadores, junto a la base sobre que descansaba la estatua de Pompeyo, que toda quedó manchada de sangre; de manera que parecía haber presidido el mismo Pompeyo al suplicio de su enemigo, que, tendido, expiraba a sus pies, traspasado de heridas, pues se dice que recibió veintitrés; muchos de los autores se hirieron también unos a otros, mientras todos dirigían a un solo cuerpo tantos golpes.

“Vidas paralelas, Tomo V - vida de Julio César”, Plutarco.

XVII.- Al entrar el Senado en el salón, los demás conjurados se colocaron alrededor de la silla de César, como si tuvieran algo que tratar con él, y se dice que Casio, volviéndose a la estatua de Pompeyo, imploró su auxilio como si le oyera, mientras Trebonio, saludando a Antonio, y trabando conversación con él, le detuvo a la parte de afuera. Al entrar César se levantó el Senado; pero luego que se sentó, aquellos le rodearon en tropel, enviando delante a Tulio Cimbro, con pretexto de pedirle por un hermano desterrado; todos intercedían con él, tomando a César las manos y besándole en el pecho y la cabeza. Al principio desechó sus súplicas; pero viendo que no desistían, se levantó con enfado, y entonces Tulio retiró con entrambas manos la toga de los hombros, y Casca fue el primero, porque se hallaba a la espalda, que, desenvainando el puñal, le dio una herida poco profunda en el hombro. Echóle mano César a la empuñadura y, dando un grito, le dijo en lengua latina: “Malvado Casca, ¿qué haces?” Y éste, llamando a su hermano, le pedía en griego que le socorriese. Herido ya de muchos, miró en rededor, queriendo apartarlos; pero cuando vio que Bruto alzaba el puñal contra él, soltó la mano de que tenía asido a Casca, y cubriéndose la cabeza con la toga, entregó el cuerpo a los golpes. Hiriéronle sin compasión, empleándose contra su persona muchos puñales, con los que se lastimaron unos a otros, tanto que Bruto recibió una herida en una mano, queriendo concurrir a aquella muerte, y todos se mancharon de sangre.

(“Vidas paralelas, Tomo VII - vida de Bruto”, Plutarco)

IV. - EL FUNERAL

Lo que siguió a continuación demuestra que los conspiradores tenían un plan para el día 15 de marzo pero no para el día 16, no había una estrategia realista para restaurar la República con sus tradiciones, simplemente un plan para asesinar al dictador. Las diversas versiones de los días posteriores al asesinato coinciden en lo sustancial: Los conspiradores erraron en su enfoque y dejaron que Antonio manipulase la situación, no obstante la lucha dialéctica y política que mantuvo Cicerón contra Antonio en fechas posteriores al asesinato demuestra que había hombres que creían posible la restauración de la República.

15 de marzo del año 44 a.C.

Tras dar muerte del dictador, los conjurados salieron a las calles gritando y anunciando la nueva y llamando a los ciudadanos a la libertad. Bruto y otros conjurados subieron al Capitolio y allí permanecieron refugiados hasta el día siguiente pues la consternación y sorpresa era tan enorme en Roma que nadie podía saber cómo discurrirían las cosas. Antonio y Lépido corrieron a refugiarse a casas de amigos temiendo por sus vidas.

16 de marzo del año 44 a.C.

Al día siguiente los conjurados bajaron del Capitolio y explicaron al pueblo sus acciones y motivos y el pueblo escuchaba sin aprobar ni reprobar y tan solo por respeto a Bruto porque cuando un senador comenzó a hablar mal de César le hicieron callar y el pueblo mostró furia por lo cual los conspiradores volvieron a refugiarse en el Capitolio.

17 de marzo del año 44 a.C.

El Senado se reunió y a propuesta de Antonio, Planco y Cicerón se propuso impunidad para los conspiradores y concederles altos honores. Bruto y los conspiradores bajaron del Capitolio y prorrumpan en alabanzas a Antonio.

Esta decisión fue una hábil maniobra de Antonio, que viendo incierta la situación en Roma sin que nadie parezca ejercer el liderazgo, tomó la prudente decisión de acercarse a los conspiradores para no verse represaliado y disponer de tiempo para su contragolpe.

Antonio comprendió que los conspiradores habían actuado con lentitud, que no habían ocupado el poder vacante de César y decidió aprovechar la oportunidad; apoyándose en el frente cesariano todavía consistente se preparó para volver al pueblo contra los conspiradores.

18 de marzo del año 44 a.C.

Reunido el Senado al amanecer, Casio, ahora condecorado con Antonio, propone conceder a éste honores por ser quien cortaba y sofocaba el germen de la guerra civil, y después de alabar a Bruto se decide nombrar gobernadores de algunas provincias a los cabecillas de la conspiración (a Bruto la isla de Creta; a Casio, el África; a Trebonio, el Asia; a Cimbro, la Bitinia, y al otro Bruto, la Galia confinante con el Po.). Después se trató en aquella reunión del testamento y exequias de César y aquí Antonio propuso que se hiciese público para que no se pensase que se ocultaba algo a lo que Casio se opuso pero Bruto, engañado por la nueva cara amable de Antonio cometió el error de aceptar.

19 de marzo del año 44 a.C.

Reunido el pueblo en el foro para leer el testamento de César, Antonio con una lectura teatral y vehemente inspiró ira y furia pues César le concedía a cada ciudadano trescientos sestercios y a la ciudad de Roma unos terrenos de huertos, pero lo que rebasó el vaso fue que Antonio mostró la túnica ensangrentada de César donde se apreciaban las múltiples puñaladas; y aquello fue el caos. El desorden fue generalizado, se gritaba muerte a los asesinos, y se empezaron a amontonar grandes cantidades de bancos y muebles de madera a manera de pira sobre la cual se puso el cadáver de César. Una vez encendida la hoguera grupos de ciudadanos tomaron teas ardiendo y fueron a las casas de los conjurados a incendiarlas pero estos, fuertemente fortificados, evitaron el peligro.

Viendo el desorden y el peligro que corrían, Bruto y los conspiradores salieron de Roma dejando a Antonio todo el poder, del que hizo uso inmediatamente.



A continuación se puede leer el relato de los días posteriores al asesinato según diversas fuentes de la época.

LXXXIII. A petición de su suegro L. Pisón fue abierto su testamento, dándose lectura de él en casa de Antonio. César lo había hecho en los últimos días de septiembre, en su posesión de Lavicum, encargando después su custodia a la superiora de las vestales. Dice Q. Tuberón que en todos los que hizo desde su primer consulado hasta el comienzo de la guerra civil instituía heredero de todos sus bienes a Cn. Pompeyo, y que así lo había dicho en sus arengas al ejército. Mas en el último instituía tres herederos, que eran los nietos de sus hermanas, a saber: C. Octavio en las tres cuartas partes, y L. Pinarío con Q. Pedio, en la restante; en la última cláusula adoptaba a C. Octavio y le daba su nombre; nombraba tutores de su hijo, para el caso en qué naciese alguno, a la mayor parte de los que le hirieron, figurando Décimo Bruto inscrito en la segunda clase de sus herederos. Legaba, por último, al pueblo romano sus jardines próximos al Tíber y trescientos sestercios por ciudadano.

LXXXIV. Fijado el día de sus funerales, fue levantada la pira en el campo de Marte, cerca de la tumba de Julia, y construyese frente a la tribuna de las arengas una capilla dorada, por el modelo del templo de Venus Madre; colocaron en ella un lecho de marfil cubierto de púrpura y oro, y a la cabecera de este lecho un trofeo, con el traje que llevaba al darle muerte. No juzgándose suficiente el día para el solemne desfile de los que deseaban llevar presentes fúnebres, se decidió que cada cual iría a depositar sus dones en el campo de Marte. En los juegos se cantaron versos propios para excitar

compasión hacia el muerto e indignación contra los asesinos; estaban tomados de Pacuvio en su Juicio sobre las Armas de Aquiles:

Men servasse, ut essent, qui me perderent? (¿Los perdoné para que me perdiesen?)

y pasajes de la Electra de Attilio, que podían ofrecer iguales alusiones. El cónsul Antonio hizo que, en vez del elogio fúnebre, fuesen leídos por un heraldo los senado-consultos que otorgaban a César todos los honores divinos y humanos, y el juramento, además, que obligaba a todos por la salud de uno; por su parte añadió muy pocas palabras a esta lectura. Magistrados activos o que acababan de César en sus cargos, llevaron el lecho al Foro, frente a la tribuna de las arengas. Querían unos que se quemase el cadáver en el templo de Júpiter Capitolino; otros en la sala de Pompeyo; pero de improviso, dos hombres, que llevaban espada al cinto y dos dardos en la mano, le prendieron fuego con antorchas, y en seguida comenzaron todos a arrojar en él leña seca, las sillas de las tribunas de los magistrados y cuanto se encontraba al alcance de la mano. Los flautistas y cómicos, que habían revestido para aquella solemnidad los trajes dedicados a las pompas triunfales, se despojaron de ellos, los destrozaron y arrojaron a las llamas; los legionarios veteranos arrojaron de igual manera las armas con que se habían adornado para los funerales y la mayor parte de las mujeres lanzaron a su vez joyas, y hasta las bulas y pretextas de sus hijos. Gran número de extranjeros tomaron parte en aquel duelo público aproximándose sucesivamente a la hoguera y manifestando su dolor cada uno a la manera de su tierra; se notaba principalmente a los judíos, los cuales velaron durante muchas noches junto a las cenizas.

LXXXV. Una vez terminados los funerales, corrió el pueblo con antorchas a las casas de Bruto y Casio, costando gran esfuerzo rechazarle. En su camino encontró a Helvio Cinna, y tomólo por Cornelio, que había pronunciado el día anterior un discurso vehemente contra César, y le dio muerte y paseó después su cabeza clavada en la punta de una pica. Más adelante se alzó en el Foro una columna de mármol de Numidia, de una sola pieza y de más de veinte pies de altura, con esta inscripción: AL PADRE DE LA PATRIA; fue costumbre por largo tiempo ofrecer sacrificios al pie de ella, hacer votos y terminar algunas querellas jurando por el nombre de César.

(“Vida de los doce Césares”, Suetonio).

LXVII.- Cuando le hubieron acabado de esta manera, el Senado, aunque Bruto se presentó en medio como para decir algo sobre lo sucedido, no pudiendo ya contenerse, se salió de aquel recinto, y con su huída llenó al pueblo de turbación y de un miedo incierto; tanto, que unos cerraron sus casas, otros abandonaron las mesas y caudales, y todos corrían, unos al sitio a ver aquella fatalidad, y otros de allí, después de haberla visto. Antonio y Lépido, que pasaban por los mayores amigos de César, tuvieron que retirarse y acogerse a casas ajenas; mas Bruto y los suyos, en el calor todavía de la empresa, ostentando las espadas desnudas, salieron juntos del Senado y corrieron al Capitolio, no a manera de fugitivos, sino risueños y alegres, llamando a

la muchedumbre a la libertad y abrazando a los que de los principales ciudadanos encontraban al paso. Algunos hubo que se juntaron e incorporaron con ellos, y como si hubieran tenido parte en la acción querían arrogarse la gloria, de cuyo número fueron Gayo Octavio y Léntulo Espínter. Estos pagaron más adelante la pena de su jactancia muertos de orden de Antonio y de Octavio César, sin haber gozado de la gloria por que morían, pues que nadie los había creído, y los mismos que los castigaron no tomaron venganza del hecho, sino de la voluntad.

Al día siguiente bajaron del Capitolio Bruto y los demás conjurados; y habiendo hablado al pueblo, éste escuchó lo que se le decía, sin mostrar que reprobaba ni aprobaba lo hecho, sino que se veía en su inmovilidad que compadecía a César y respetaba a Bruto. El Senado, después de haber publicado ciertas amnistías y convenios en favor de todos, decretó que a César se le reverenciara como a un dios y que no se hiciera ni la menor alteración en lo que había ordenado durante su mando. A los conjurados les distribuyó las provincias y les dispensó los honores correspondientes, de manera que todos creyeron haber tomado la república consistencia y haber tenido las alteraciones el término más próspero y feliz.

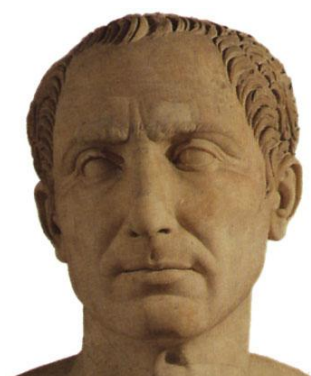
LXVIII.- Abrióse el testamento de César y se encontró que a cada uno de los ciudadanos romanos dejaba un legado de bastante entidad: con esto, y con haber visto el cadáver cuando lo pasaban por la plaza mutilado con tantas heridas, ya la muchedumbre no guardó orden ni concierto, sino que recogiendo por la plaza escaños, celosías y mesas, hizo una hoguera y poniendo sobre ella el cadáver lo quemó. Tomaron después tizones encendidos y fueron corriendo a dar fuego a las casas de los matadores. Otros recorrieron toda la ciudad en busca de éstos para echarles mano y hacerlos pedazos; mas no dieron con ninguno de ellos, porque todos estaban bien resguardados y defendidos. Sucedió que un ciudadano llamado Cina, amigo de César, había tenido, según dicen, en la noche anterior un sueño muy extraño; porque le parecía que era convidado por César a un banquete, y que excusándose era tirado por éste de la mano contra su voluntad y resistiéndose. Cuando oyó que en la plaza se estaba quemando el cadáver de César, se levantó y marchó allá por honrarle, no obstante que tenía presente el ensueño y estaba con calentura. Violo uno de tantos; y a otro que le preguntó le dijo cómo se llamaba; éste a otro, y en un instante corrió por todos que aquel era uno de los matadores de César, porque, realmente, entre los conjurados había habido un Cina del mismo nombre; y tomándole por éste le acometieron sin detenerse y le hicieron pedazos. Concibiendo de aquí temor Bruto y Casio, sin que hubiesen pasado muchos días se ausentaron de la ciudad. Qué fue lo que después hicieron y padecieron hasta el fin, lo hemos declarado en la Vida de Bruto.

(“Vidas paralelas, Tomo VII - vida de Antonio”, Plutarco).

Lo que sigue a continuación es bien conocido, Octavio, hijo de una sobrina de César, adoptado por el dictador como hijo suyo y nombrado su heredero volvió a Roma y adoptó el nombre de César. Distribuyó entre el pueblo el dinero que Julio César les había legado y formó un partido enfrentado al de Antonio. Los cesarianos se dividieron

entre uno y otro partidario y los ejércitos se vendían como en subasta. Octavio y Antonio combatieron entre ellos por el poder y Bruto cruzó a Grecia donde encontró apoyos financieros importantes e incluso aglutinó la soldadesca pompeyana descontenta. Finalmente sucedió el enfrentamiento entre los cesarianos ahora unidos (Antonio y Octavio) contra los anticesarianos (Bruto y Casio). Fue en Filipos, corría el año 42 a.C. y aunque la victoria estuvo al alcance, Bruto y Casio fueron derrotados dándose muerte ambos con sus propias espadas, las mismas que habían utilizado para asesinar a Cayo Julio César.

V. - EL SIGNIFICADO DEL MAGNICIDIO EN LA POSTERIDAD



La República era un mito, todo romano se sentía orgulloso de su forma de gobierno y de los logros y el poder alcanzados con ella pero un siglo de grandes hombres había bastado para destruirla, el principio básico de que todos los hombres debían ser iguales en méritos sin destacar ninguno por encima de los demás no era aceptado por aquellos que se creían superiores, hombres como los hermanos Graco, Mario, Sila, Saturnino, Craso, Pompeyo, César o Clodio reclamaron cada uno en su momento un papel estelar y vieron en la República una limitación a sus ideas y ambiciones. César lo había constatado: *"La República es nombre sin realidad ni valor. Sila ignoraba la ciencia del gobierno, porque depuso la dictadura"*. En estas palabras César expresa que la forma de gobierno que regía entonces se había agotado, estaba en decadencia y una nueva forma de gobierno debía sucederle. El propio César lo expresa diciendo que una vez alcanzado el poder absoluto no había que dejarlo voluntariamente, es decir, él actuaba como algunos historiadores han llamado "El impulso de los jefes", hombres de gran capacidad buscando alcanzar las cimas del poder por medios anticonstitucionales, contra la República.

El asesinato de César, lejos de traer la República fue su funeral, pues como el propio César pensaba le sucedería una nueva guerra civil, pero esta vez fué entre sus herederos, Antonio y Octavio. Este mismo caos si él moría es una de las razones que César creía le protegían de un atentado, pues nadie sería tan loco de provocar la guerra civil al coste de su vida. Sin embargo, César ignoró que no todos los romanos eran tan inteligentes como él y tan preclaros, y así fue como hombres movidos por emociones como la envidia y la animadversión aceleraron el proceso que justamente querían combatir.

La República era una forma de gobernar el mundo que no podía seguir ya vigente, Roma era un compendio gigantesco de países y pueblos y un reducido grupo de aristócratas privilegiados no podían tomar las decisiones con la rapidez que el nuevo orden demandaba ni excluir al resto del mundo de sus decisiones, por eso César amplió el Senado para dar entrada a los pueblos anexionados que confeccionaban la

nueva Roma, se concedió la magistratura de senadores a algunos galos, hombres principales entre los suyos, lo que indignó a las élites romanas y ciudadanos de a pié al punto de fijar estos pasquines por todas partes: *"Salud a todos: prohíbese mostrar a los nuevos senadores el camino del Senado"*, y se cantaba también por las calles: *"Encadenados en su triunfo, trajo a los galos, llevándolos luego el Senado; los galos depusieron sus harapos y tomaron las lacticlavias"*.

Concentrar el estado (poder político y militar) en un sólo hombre, si este era inteligente y honrado, le parecía una buena solución a César. No sabemos si cuando nombró heredero a su sobrino Octavio pensaba en lo que llegaría a ser el Imperio Romano, pero sí creía en una Roma gobernada por hombres superiores, con capacidad y virtudes, así relata Plutarco que César dijo de Bruto:

"... porque se refiere haber dicho César que Casio alegaba más justicia, pero él no dejaría en blanco a Bruto [se refiere a la elección a cónsul que tenía pensado darle a Bruto en vez de a Casio]. Así, en una ocasión, habiéndole denunciado algunos a Bruto, cuando ya la conjuración estaba formada, no hizo caso, sino que, pasándose la mano por el cuerpo, dijo a los denunciadore: "Bruto aguarda este cuerpo"; dando a entender que, aunque por su virtud lo creía digno de mandar, no temía que por el mando se hiciera ingrato y malo."

No podemos juzgar los actos de la época del siglo I a.C. con la mentalidad del siglo XXI d.C. porque caeríamos en errores de criterio. Hoy en día una actitud como la de César sería vista como un golpista militar que quiere instaurar una tiranía. En el siglo I había conceptos diferentes, la grandeza de un hombre en Roma se medía por sus logros, el honor de un romano noble y su familia se medía por el prestigio conseguido. Ser deshonrado era el peor castigo y ante esa perspectiva hasta los mejores hombres se resistían. Cuando César contemplaba los cadáveres de compatriotas suyos, soldados romanos de Pompeyo en el campo de batalla en Farsalia dijo: *"Ellos lo han querido, y a este estrecho me han traído, pues si yo, Cayo César, después de haber terminado gloriosamente las mayores guerras, hubiera licenciado el ejército, sin duda me habrían condenado"*. Estas palabras pronunciadas en griego para que los que estaban a su lado no lo entendieran fueron escuchadas por Asinio Polión que las tradujo a latín y son muy significativas pues expresan la verdadera y oculta razón de César para empezar la guerra civil, César no luchaba por salvar la República de senadores rapiñeros que sólo buscaban retorcer la constitución, ni siquiera lucha por restituir la legalidad ante la acción del Senado de amenazar de muerte a los tribunos Curión y Antonio, César luchaba por su *dignitas*, su honor, por una razón personal, no por una razón de estado ni por el bien general.

César ha pasado a la Historia como el paradigma del político, sus increíbles retrueques para derrotar a los senadores que ostentaban el poder en Roma (los *optimate*) y conseguir sus deseos apoyándose en el pueblo y saltando por encima del Senado para hacer aprobar sus leyes o en la fuerza del dinero y las armas como cuando se hizo aprobar un mandato de procónsul en las Galias por 5 años haciendo que soldados pompeyanos entrasen al Senado para presionar a los senadores. César

era un visionario, su idea de un jefe de gobierno que fuera a la vez general con tropas que le sirvieran personalmente y no al servicio de Roma sería la idea base de los Emperadores que siguieron a los Julio-Claudios. César utilizaba todos los resortes para conseguir sus fines, si tenía que aliarse con un hombre despótico como Clodio para utilizar la fuerza de sus bandas de matones de los bajos fondos para amedrentar a los opositores, no dudaba, si tenía que comprar a su enemigo para trabajar para él como hizo al sobornar a Curión lo hacía. Su frase: *"Si bandidos y asesinos me hubiesen ayudado a defender mis derechos y dignidad, les mostraría igualmente mi agradecimiento"* define dónde ponía su nivel ético en materia política. Pero ¿eran mejores, tenían más calidad moral sus asesinos? Esta cuestión ha sido muchas veces obviada cuando se habla del magnicidio, centrándose exclusivamente en el "buen" acto del asesinato del tirano. Los conspiradores, casi todos, ambicionaban el poder, prueba de ello es que acordaron gobiernos en las provincias como "pago" por los servicios a la República. Bruto era la excepción, el hombre que "daría lustre a la imagen de la conjura", el que reivindicaba los verdaderos valores de la República, honrado, sin codicia, nunca iracundo y bondadoso, amado por sus amigos y respetado por sus enemigos, él fue el verdadero perdedor, un hombre que creía en las virtudes de todo buen romano: *Auctoritas, Dignitas, Pietas, Veritas...* utilizado por hombres como Casio y Bruto Albino que carecían de muchas de esas virtudes. Además, César en su dictadura legisló mas leyes beneficiosas para el pueblo que durante el gobierno de la República antes de la guerra civil, lo que cuestiona la bondad del argumento de asesinar al tirano para defender al pueblo ¿ o se defendía en realidad los privilegios de las clases altas como había sucedido en los últimos años de la República ?. A modo de epílogo, Suetonio dice: *"Casi ninguno de sus asesinos murió de muerte natural ni le sobrevivió más de tres años. Fueron todos condenados, pereciendo cada cual de diferente manera; unos en naufragios, otros en combate y algunos clavándose el mismo puñal con que hirieron a César."* Casi parece decirnos que se merecieron morir por el crimen contra César; esta opinión de hombres casi contemporáneos de César (Plutarco dice básicamente lo mismo) está alejada de la idea de un "crimen necesario" para derrocar a un tirano.

Pero por encima de criterios y conclusiones hay una que por obvia es la más importante: César fue un coloso entre gigantes de su época, la mejor y la peor de la Republica romana y si la vida de un hombre así siempre suscita interés, no puede ser menos su muerte.

El enfoque del magnicidio en las artes

LITERATURA

"Julio César" de William Shakespeare.

Drama en cinco actos escrito probablemente en 1599 donde se presenta tres personajes principales, Bruto, César y Antonio. Shakespeare se basó en los textos de Plutarco ("Vidas paralelas") y la muerte de César acontece muy temprano, al principio

del primer acto, para centrar el drama en los remordimientos de Bruto y el dolor de Antonio.

Bruto es presentado como un hombre que no odia a César pero que sabe que tiene que matarle en nombre de la libertad, un hombre perseguido por el fantasma de César antes de suicidarse.

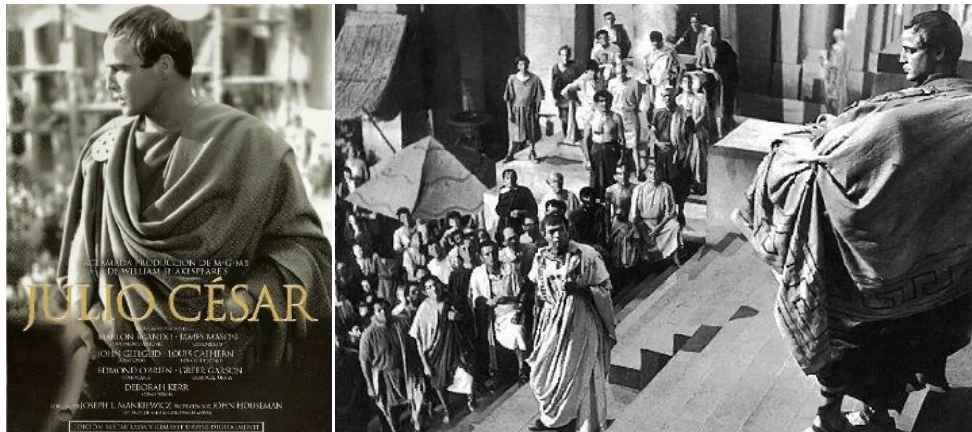
Antonio en cambio es presentado como un hombre intrigante, que se reparte la herencia de César y desacredita la conspiración en un magnífico discurso ante el foro, en el que es posiblemente el punto culminante de la obra. Shakespeare construye el discurso de Antonio sobre un verso que repite y a fuerza de repetir crea dudas sobre su veracidad:

...Bruto dice que [César] era ambicioso. Y Bruto es un hombre honrado.

Vemos por tanto que Shakespeare supedita los actos y motivaciones al drama, hace girar este sobre la duda en la nobleza de los motivos de los conspiradores y Antonio es el hombre que los fiscaliza, el castigador de la “terrible traición”, se duda de la honradez de Bruto, de la nobleza del crimen. Se presenta a Antonio como el “amigo dolido” del dictador, aunque posiblemente César fue mas amado por Bruto que por él.

CINE

"Julio César " de Joseph L. Mankiewitzc - 1953



En 1953 el productor Joseph L. Mankiewitzc decide filmar en cine la tragedia de William Shakespeare. El reparto está encabezado por actores procedentes del teatro (Louis Calhern en el papel de Julio César, John Gielgud como Casio, James Mason como Bruto y un actor de interpretación poderosa, Marlon Brando, como Marco Antonio). La película se filmó en blanco y negro y el guión sigue fielmente el libreto de teatro aunque en la película se da mayor protagonismo a Antonio. Las interpretaciones de Mason y Brando son conmovedoras, los conspiradores se reúnen de noche siempre con planos oscuros para dar sensación de secretismo, de traición, se nos presenta una Roma amenazadora, no fastuosa. El encadenamiento de discursos de Bruto y Antonio resulta brillante con un juego de planos variado y cuidado. La película

decae tras esa secuencia pero en general se trata de una traslación cinematográfica de la obra del dramaturgo muy aceptable.

PINTURA

El mito de Julio César recibió un fuerte impulso con Shakespeare y quedó reflejado después en las múltiples pinturas que recrean su asesinato, la más famosa “La muerte de César” (1793), de Vincenzo Cammuccini (1771-1844), obra que corresponde a la imagen de portada de este ensayo.

BIBLIOGRAFÍA

- SUETONIO, "Vida de los doce Césares", edit. Austral, 2003
- PLUTARCO, "Vidas paralelas, Tomos I a VII", edit. Losada 2010
- CICERON, "Discursos contra Marco Antonio o Filípicas", edit. Cátedra 2001
- CANFORA Luciano, "Julio César, un dictador democrático", edit. Ariel 2007
- GOLDSWORTHY Adrian, "César, la biografía definitiva", edit. La Esfera de los Libros, 2007
- FREEMAN Philip, "Julio César", edit. Planeta, 2009